

Por los primeros entendemos los que cumpliendo fielmente con la ley de la charidad; ofrecen à Dios lo interior de su corazón por amor; y lo demás del tiempo, y del corazón emplean en el remedio de sus necesidades. Mas por los segundos entendemos los que renunciando todos estos cuidados y negocios, no tratan mas que un solo negocio; que es vacar à Dios, y juntar su espíritu por ardentissimo y continuo amor con él. Tal fue la vida de los santos, que morando con los cuerpos en la peregrinacion desta vida (teniendo por extranjeros y huéspedes en ella) con el pensamiento, y con el deseo conversaban en el cielo. Bienaventurados pues los que de tal manera viven; que merecen ser sacrificios vivos de Dios: pero muy mas bienaventurados los que de tal manera se entregaron à él, que se pueden llamar holocaustos.

Mas aqui advierto que estos sobre-dichos, que regularmente son consejos, en caso de necesidad vienen à ser preceptos: como es el consejo de la limosna en graves ò extremas necesidades, y el del ayuno, y de la oracion, y assi los demás en casos que se ofrecen.

CAPITULO VIII
Septima excellencia de la religion Christiana: que sola ella tiene Sacramentos que causan y dan gracia.

MAS dado caso que el officio y fin de las buenas leyes sea atajar los peccados, y enfiernar nuestros appetitos; mas no basta ella sola para esto; por razon de la comun dolencia de la naturaleza humana que nos vino por el peccado: por el qual quedó ella tan pervertida (como arriba declaramos) que teniendo las affecciones y deseos vivissimos para todo lo corporal, los tiene muy flacos para todo lo espiritual. De modo que ella está como un enfermo que tiene la mitad del cuerpo paraliti-

cado; el qual tiene una parte tan sensible, que una picadura de un mosquito le dá pena: y en la otra no siente ni un cauterio de fuego. Pues desta manera quedó el hombre miserable tan insensible para las heridas mortales de su alma, y tan sensible para qualquier daño del cuerpo. Ni para la cura desta dolencia bastan las leyes de Dios con todas sus promessas y amenazas; y con todos sus castigos y beneficios: porque todo esto tuvieron un tiempo los Judios; y con todo esso se desmandaron tanto, que parte dellos fueron llevados captivos à Babilonia (a), y otra parte (que era la mayor de los diez Tribus) fue desposeída de la tierra de promission que Dios les avia dado; y llevados captivos à tierras estrañas, sin que todas las leyes que Dios les avia puesto para enfiernar sus appetitos, bastassen para esto: antes (segun dice el Apostol) (b) con la prohibicion de la ley creció mas el appetito de lo que por ella les era vedado.

Este miserable estado en que el hombre quedó, nos representa aquel endemoniado de quien se escribe en el Evangelio (c) que moraba en los monumentos: el qual era tan bravo, y tan furioso, que hacia pedazos todas la ataduras y cadenas con que lo prendian. Pues tal es el hombre despojado de la gracia; à quien todas las cadenas y prisiones de las leyes con que Dios le queria tener preso y sujeto à la guarda de sus mandamientos, las rompe y hace pedazos con el furor y vehemencia de sus appetitos. Los quales son tales; que hacen al hombre carnal de peor condicion que los brutos animales. Porque estos no apescesen mas que aquello à que su naturaleza los inclina; mas el hombre, demás de tener él por parte de su carne semejantes inclinaciones à las de los brutos, tiene tambien razon y entendimiento para inventar otros linajes de torpezas, y carnalidades, y otras invenciones de regalos; y crueldades

age-

agenas de toda humanidad: como se vee en la estrañeza de los tormentos con que los tyrannos atormentaban los santos martyres.

Esto nos declara la necesidad que tenemos del socorro de la gracia, y de los sacramentos, por los quales ella se nos dá. Y por aqui entenderemos la perfeccion de la ley y religion Christiana entre quantas ha avido en el mundo (aunque entre en esta cuenta la ley dada por Dios en el monte Sinaí) porque ella sola es la que tiene sacramentos que dan gracia, con cuya virtud se guarda la ley divina. Para cuyo entendimiento avemos de notar que es conclusion de fé Catholica (contra la heregia de Pelagio) (a) que ningun hombre puede guardar enteramente la ley de Dios, y vivir por largo tiempo sin caer en algun peccado mortal, sin el socorro de la divina gracia. Esto nos declaró el Salvador, quando hablando con sus discipulos dixo (b): Sin mí ninguna cosa podeis hacer. Y el sancto Job hablando con Dios (c): Quién, dice él, puede hacer limpia una cosa concebida de massa sucia; sino solo vos Señor? Y Moysén hablando con Dios (d): Nadie, dice él, por sí mismo puede ser innocente delante de vos. Pues siendo verdad que ningun hombre puede enteramente guardar la ley de Dios sin el socorro de su gracia; y no guardandola, no se puede salvar: siguese que la mayor necesidad de quantas el hombre tiene, es del socorro desta gracia. Y pues tenemos ya por cosa cierta y averiguada que aquella soberana y perfecta providencia no falta en las cosas necesarias al bien de sus criaturas, mucho menos faltará al hombre en la mayor de sus necesidades, que es esta, de la qual pende su salvacion, ò condenacion. Pues à esto acudió él perfectissimamente con los sacramentos de la ley de gracia: que son medicinas espirituales desta comun dolencia, y cañones por donde corre y se deriva en nuestros

Tom. V.

trás animas el agua de la divina gracia. La qual demás de hacer al anima graciosa y hermosa en los ojos de Dios, trae consigo todas las virtudes: las quales la esfuerzan y habilitan, assi para la guarda de los divinos mandamientos, como para resistir à todas las tentaciones de nuestros adversarios, y enfiernar todos nuestros appetitos.

Mas aqui es de notar que cada uno de los sacramentos tiene un efecto comun, y otro particular. El comun es dar esta gracia (que es comun à todos los sacramentos de la ley de gracia, quando el hombre de su parte no pone impedimento para ella) y el particular es el que cada uno tiene para remedio de alguna particular necesidad de nuestra anima. Porque como sean diversas estas necesidades, assi eran necesarias diversas maneras de remedios para la cura dellas. Y conforme à esto un sacramento sirve para nacer en la vida espiritual, y quitar el peccado original; otro para fortalecernos en esta vida; otro para mantener y conservarnos en ella; otro para la cura de nuestras enfermedades espirituales, que son los peccados; y otro para quitar las reliquias dellos, y ayudarnos en el fin de nuestra vida, que es la extrema-unction. Mas los otros dos, que son de la Orden y Matrimonio, sirven para ayudar los hombres à cumplir con las leyes y obligaciones destas dos maneras de vidas que ay en la Iglesia Christiana, que son sacerdotes, y casados.

Todo esto nos declara ser Dios el autor desta sanctissima fé y religion: pues à la perfeccion de su divina providencia pertenecia proveer de saludables y convenientes remedios à estas necesidades tan notorias: y no era razon que faltasse esta providencia en las necesidades espirituales (que son de mayor importancia) pues no falta en las corporales, que tan poco importan. Y esta es una de las cosas que

LI de

(a) 4. Reg. 17. (b) 25. (c) Marc. 5. (d) Joan. 14.

(a) Aug. ad Valent. Epist. 47. tom. 2. & alibi sepe. (b) Joan. 15. (c) Job 14. (d) Ewod. 34.

declaran la perfeccion y excellencia de nuestra religion: y la imperfeccion de todas las otras, que destos remedios tan necesarios carecen.

CAPITULO IX.

Oitava excellencia de la religion Christiana: que es el favor grande que promete á la virtud, y disfavor á los vicios.

LA quinta cosa que ha de tener la verdadera religion, es que proponga grandes favores á la virtud, y grandes desfavores al vicio, señalando grandes premios y honras á lo uno, y grandes desfavores y castigos á lo otro: pues nos consta que (como suelen decir) pena y premio son los dos pesos que traen al relox de la republica, y de nuestra vida concertado. Pues quanto á esto es tan extremada nuestra religion, que no ay cosa que se pueda comparar con ella. Porque á la virtud promete tan grandes bienes, que (como el Apostol dice) (a) ni ojos vieron, ni oídos oyeron, ni en corazon de hombre pudo haber lo que Dios tiene aparejado para los que le aman. Porque no les promete menos que la participacion de su misma gloria: la qual consiste en ver claramente la esencia divina, y gozar eternalmente della. Mas por el contrario, propone á los malos y rebeldes la pena del infierno: que es fuego eterno, y privacion del summo bien. La qual pena es dos veces infinita: la una, porque priva al condenado de un bien infinito, que es Dios: y la otra, porque ha de durar para siempre, por lo qual se llama infinita por carecer de fin.

Y para mayor gloria y pena de buenos y malos propone la fé otra cosa que nunca toda la philosophia del mundo alcanzó ni pudo alcanzar, que es la resurreccion de los cuerpos: para que pues el cuerpo del justo llevó parte de la car-

ga de la virtud, ayunando, y velando, y orando, y el del martyr padesciendo, tenga su parte con la gloria, pues la ayudó fielmente á llevar la carga. Y por el contrario el del malo, que por cumplir con sus appetitos y deleytes desprecia las leyes de Dios, pague juntamente con el anima la golosina de su culpa con la pena. Y esto todo pertenesce á la reñitud de la divina justicia: la qual justissimamente ordenó que pues todo el hombre en cuerpo y anima peccó, en ambas cosas padezca: y el que en ambas por su amor trabajó, en ambas sea galardonado. Mas en este articulo de nuestra fé la maravilla es, que el mismo cuerpo que murió, ha de resuscitar, y no otro por él (b). Porque hacer otro de nuevo sería contra essa misma justicia: pues sería castigar al cuerpo que nunca peccó, y galardonar al que nada mereció. De lo qual se seguiria que el cuerpo del malo se alegraría viendo que no él, sino otro por él avia de ser atormentado: y el del justo por el contrario se entristeceria viendo que no él, sino otro por él avia de ser galardonado.

Mas no piense nadie que todo el galardon y castigo de buenos y malos se guarda para la otra vida. Porque tambien en esta promete Dios á sus fieles siervos mil maneras de favores, y otras tantas maneras de azotes y calamidades á los malos: de que están llenas todas las sanctas Escripturas, y señaladamente las de los Prophetas, que principalmente tratan destas dos cosas; y por escusar prolixidad no se ponen aqui (c). Por lo qual todo se vee, quan favorecida sea la virtud, y quan desfavorecido el vicio en la religion Christiana. Esta excellencia es tan grande, y tan poderosa para hacer los hombres guardadores de la ley de Dios, que della ha procedido la infinidad de sanctos y sanctas que ha avido y ay en el mundo: por entender ellos la importancia deste negocio, que no es menos que pena y gloria de todos

(a) 1. Cor. 2. Esai. 64. (b) Job. 19. (c) Vease el tomo 1. de la Guia, desde el cap. 12. al 24. inclus.

los siglos: y assi provocados con lo uno, y atemorizados con lo otro, con estas dos tan agudas espuelas de temor y esperanza, corren apressuradamente por la senda estrecha de la virtud. Y esta esperanza fue la que señaladamente esforzó los sanctos martyres en medio de sus tormentos: porque sabian que acabando de dar la postrera boqueada, les estaban luego abiertas de par en par las puertas del cielo, y los Angeles aparejados para acompañarlos en este camino. Mas quitada esta esperanza, que se puede seguir, sino lo que el Apostol en nombre de los malos dice (a): Si no ay esperanza de otra vida, comamos y bebamos; porque mañana moriremos (b). Pues quanto á este punto no se puede desear ni imaginar mas de lo que nuestra sancta fé y religion propone y enseña.

CAPITULO X.

Nona excellencia de la religion Christiana: que es la antigüedad della.

TMene tambien otra excellencia esta sancta religion: que es la antigüedad della. Porque la antigüedad dá autoridad á las cosas, y la verdad es simple, y constante, y siempre de una manera: como quiera que la mentira sea de muchas. Assi vemos que para acertar en el fiel del blanco no ay mas que un camino derecho: mas para errar y desviarse dél ay muchos: y lo mismo acaece en la verdad y en la mentira. Pues esta antigüedad y verdad se halla en nuestra fé y religion: la qual comenzó desde el principio del mundo, y assi ha permanecido hasta oy, y permanecerá hasta la fin. Porque constanos que Adám (de cuya penitencia se hace mencion en el libro de la sabiduria) (c) tuvo revelacion y conocimiento de Dios, y de su providencia, y de la manera en que él ha de ser servido, y de la pena y gloria que en la otra vida está deputada para bu-

Tom. V.

nos y malos. Y esta doctrina enseñó él á sus hijos, y señaladamente al innocente Abél: y de aqui se derivó en otros descendientes suyos, como fue Seth, y Enoch, hasta Noé. El qual tambien la enseñó á sus hijos: los quales vieron la severidad del juicio de Dios contra los peccados en aquel tan espantoso castigo del diluvio. A Noé sucedió Abraham, y corrió por su sancto hijo Isaac, y despus vino al Patriarcha Jacob. Y despues destos en la salida de Egypto sucedió Moysén: el qual dió por escripto en dos tablas de piedra la ley natural que Dios avia escripto en los corazones de los passados. A la qual se acrescentaron las ceremonias de la ley, y los sacrificios: los quales con todo lo demás figuraban aquel summo sacrificio del verdadero cordero que avia de offreserse por los peccados del mundo, y pagar con la muerte que no debía, la que todos debiamos. Con la ley se juntaron los Prophetas: los quales no ya por imagines y figuras, sino por palabras claras denunciaron la venida del Salvador, y lo que avia de obrar en el mundo. A la ley y los Prophetas sucedió el Evangelio y la venida del Salvador: en la qual se cumplió todo lo que estaba figurado en la ley, y denunciado por los Prophetas. Y en esto se vee la concordia del Evangelio con la ley, y la del nuevo testamento con el viejo. Porque no ay mas diferencia entre el uno y el otro, que averse cumplido en el Evangelio lo que estaba prophetizado y figurado en la ley: puesto caso que en el Evangelio se declaran mas distintamente los mysterios que en aquel tiempo estaban encubiertos al pueblo comun, aunque no á los sabios y sanctos que entonces avia: y con esto se añadieron los siete sacramentos, que manaron de la fuente del costado de Christo: que son los principales instrumentos y medios de nuestra salud; porque por ellos se nos dá la gracia: los quales hasta este tiempo no avian sido

(a) 1. Cor. 15. (b) Esai. 64. (c) Sap. 10.

instituidos; porque esto se guardaba para la venida de Christo, autor y fuente de la gracia: la qual él nos mereció por el sacrificio y merito de su sagrada passion. Estos sacramentos se añadieron à la ley antigua, para perfeccionarla y cumplir lo que le faltaba. Pero en lo demás la misma fé, y los mismos dogmas que los sanctos tuvieron dende el principio del mundo, esos han corrido por todas las edades siguientes hasta la nuestra, y correrán hasta la fin del mundo. En lo qual se vee lo que al principio propusimos: que es la antigüedad de nuestra fé y religion.

CAPITULO XI.

Decima excellencia de la fé y religion Christiana: que es la estabilidad y firmeza della.

Assi como la antigüedad de la fé es argumento de la verdad della, assi tambien lo es la estabilidad y firmeza della: antes estas dos excellencias son tan hermanas, que de la una se sigue la otra. Pues esta firmeza se vee en que aviendo sido la fé y la Iglesia Christiana por tantas partes combatida, nunca jamás pudo ser vencida. Porque contra ella se puso en armas todo el poder del infierno y del universo mundo: todos los grandes y poderosos, todos los pueblos, y Reyes, y Emperadores, todos de comun consentimiento conjuraron contra ella, estando ella desarmada, pobre, y flaca, y despreciada del mundo, y mas mansa que una oveja: y con toda esta flaqueza pudo mas muriendo y padesciendo, que todo el mundo matando y persiguiendo. Cada dia morian millares de Christianos, las carceles estaban llenas de presos, la sangre de los muertos corria por las plazas y calles, como en un matadero: y con todo esto no solo no pudieron sus perseguidores menoscabarla, mas (lo que sobrepaja toda admiracion) quanto ellos mas la perseguian, tanto ella mas se multiplicaba: pues nos consta que entre

estas persecuciones creció la Iglesia, y se estendió por el mundo: la qual en su principio no tenia mas que un rincocillo en los fieles de Judéa. Y ni aquella sobervia Roma, que pudo con armas subjectar al mundo, pudo con todos sus tormentos vencer la Iglesia: antes por el contrario Roma quedó vencida y subjecta al reyno del Crucificado: à quien los Emperadores Romanos adoraron y reverenciaron como à su verdadero Dios y Señor, pisados y acoceados todos sus antiguos y falsos dioses.

A estos tyrannos succedieron los sabios del mundo, los Philosophos, los Dialecticos y Oradores, con toda la quadrilla de los hereges, quales fueron Arriós, Sabelios, Nestorios, Pelagios, Macedonios, y otros semejantes monstruos; los quales no ya con armas, sino con subtilezas y argumentos pretendian corromper y adulterar la pureza de la fé: mas nunca pudieron alterar ni mudar un solo punto della. Antes todos ellos se deshicieron y desvanecieron como humo: y la verdad de la fé por tantas partes, y por tantos modos combatida, quedó en su antigua pureza y virginidad, sin aver jamás admitido alguna tizne de error ò falsedad. Lo qual en ninguna otra religion ò secta se hallará; porque en todas ellas ay errores y falsedades. Pues aver permanescido nuestra verdad en toda su pureza tantos millares de años, aviendo sido impugnada con todas las fuerzas, y con todas las artes y maquinas del mundo, y del infierno, argumento es que tiene à Dios por su protector y defensor que la ha siempre defendido y amparado.

En lo qual es mucho de notar la diferencia que ay entre la verdad y la mentira: porque la mentira quanto es mas impugnada con razones y argumentos, mas descubre su falsedad: pero la verdad quanto es mas espulgada y examinada, tanto mas descubre su resplandor. Assi vemos que el cieno quanto mas se bulle, peor huele: mas las cosas aromaticas y olorosas, quanto mas

se trafriegan, mas suave olor dan de sí. Porque constanos como cosa clara, que dende el principio del mundo hasta oy, ninguna religion ha avido que aya sido tan combatida por tantas vias como la nuestra. Porque las otras religiones (ò por mejor decir, supersticiones) no tuvieron repugnancia como la nuestra: y todavia ellas por sí mismas se cayeron, y la falsedad y mentira con el tiempo se descubrió: mas la verdad de la nuestra con tantos combates ha siempre crecido, y como el oro en la fragua ha descubierta mas su fineza y resplandor.

CAPITULO XII.

Undecima excellencia de nuestra religion: que es la pureza de las sanctas Escripturas.

Despues desta excellencia se sigue otra no menor: que es la alteza y perfeccion de las Escripturas, assi del viejo como del nuevo testamento, y de la efficacia que tienen para mover nuestros corazones al temor de Dios, y à toda virtud: mas porque para esto era necessario proceder por todos los libros sagrados declarando la dignidad y excellencia de cada uno (lo qual no se puede hacer sin largo tratado) remito al piadoso Lector al lugar donde esto se trata de proposito: que es en la segunda Parte de nuestra Introduccion del Symbolo en el cap. 9. Pero no puedo dexar de apuntar aqui una cosa acerca del Evangelista Sant Juan: el qual demás de aver tratado mas copiosamente que los otros Evangelistas de la divinidad de nuestro Salvador, tiene una cosa en algunos de sus Evangelios, que cuenta las cosas con tantas circunstancias y particularidades, que si las leyere un hombre que no tenga fé, jurará ser aquellas historias verdaderas. Y dexados à parte los Evangelios que tratan de la resurreccion del Salvador (donde

algo desto se vee) mirese la historia del Ciego dende su nacimiento (a), con todas aquellas instancias y perplexidades de los Phariseos que en ella se cuentan, y por aqui se entenderá lo que digo. Pero aun mas claramente se verá esto en la historia de la resurreccion de Lazaro (b), donde entrevienen tantas particularidades, è interlocutorias antes de venir al milagro, que qualquier hombre cuerdo (aunque no sea Christiano) constantemente afirmará ser impossible que un pescador (qual era Sant Juan) fingiesse todo lo que alli se cuenta, si el mismo processo del negocio no fuera su guia, y le enseñára lo que alli escribe. De mí confieso que si yo fuera un Philosopho Gentil, y leyera toda esta historia, este mismo juicio y parecer tuviera; y el mismo creó que tendrá qualquier hombre desapasionado, si atentamente consideráre todas las circunstancias que alli se cuentan. Esto quisie apuntar aqui, por ser cosa que juntamente con las demás que aqui escribimos, sirve para la confirmacion de nuestra fé.

Y no es menor confirmacion della lo que Sant Augustin escribe en el lib. 7. de sus Confessiones (c), tratando de la excellencia de nuestras sanctas Escripturas. Dice él que fue especial providencia de nuestro Señor, que él antes de su conversion leyesse los libros de los Philosophos. Porque leyendo despues las sanctas Escripturas, viesse la gran diferencia que avia entre las unas y las otras. Porque (como él dice) saben los Philosophos adonde avemos de ir, que es à procurar la felicidad y bienaventuranza; mas no saben el camino para ir no solo à conocerla, mas ni à poseerla. No tienen aquellas letras la imagen de nuestra religion, ni las lagrimas de nuestra confession: no tratan del verdadero sacrificio, que es el espiritu contribulado, y el corazon contrito y humillado, ni de la comun salud del mundo, ni de la ciudad sancta y esposa de Chris-

(a) Joann. 9. (b) Ibid. 11. (c) Aug. Conf. lib. 7. cap. 9. 20. 21.

to, ni de las arras del Spiritu Sancto, ni del caliz en que está el precio de nuestra redempcion. Nadie canta en aquellas letras con el Propheta (a): Por ventura no estará mi anima subjecta à Dios, pues dél procede mi salud? Estas cosas Señor escondiste tú à los sabios y prudentes del mundo, y revelastelas à los pequeños. Todo esto dice Sant Augustin en el libro 7. de sus Confessiones. Mas en el octavo (b) confirma lo dicho con un singular exemplo: que es con la conversion de un gran rhetorico, por nombre Victorino: el qual leyendo las sanctas Escrituras se convirtió à nuestra fé, con grande alegría de los Christianos, y grande confusion de los Gentiles. Esto mismo experimentan cada día los hombres muy enseñados en otras ciencias: los quales despues de gastado buena parte de la vida en ellas, quando vienen à darse à la lición de las Escrituras sagradas, hallan en ellas tanta miel y suavidad, tanta luz para sus entendimientos, tanta devocion para sus voluntades, y tanto provecho assi para reformar sus vidas como las agenas, que de muy buena gana dan de mano à todos los otros estudios, por el fruto y gusto que reciben cogiendo suavissimas flores deste hermosissimo jardin. Porque ciertamente quanto vá del autor destas Escrituras divinas à los autores de las humanas, tanta ventaja hacen las unas à las otras. De lo qual nos hace fé la experiencia de cada día.

CAPITULO XIII.

Duodecima excellencia de la religion Christiana: que es la pureza de la vida que causa en los guardadores della.

OTra singular excellencia tiene esta sancta fé y religion: que es la mudanza de vida, y los efectos que obra en las animas de los que se aplican à usar de los remedios y socorros

que ella nos dá para la virtud. Para lo qual es de notar que assi como el officio y efecto proprio de la medicina es curar las enfermedades de los cuerpos, assi el de la buena ley es curar las enfermedades de las animas, que son los peccados. Por donde como por la eficacia y provecho de la medicina conocemos la excellencia della: assi por la eficacia que esta sanctissima religion tiene para curar las enfermedades del anima, conoceremos la dignidad y perfeccion della.

Declarémos esto por un exemplo. El officio de Dios es el que él declaró por Sant Juan, quando dixo (c): Yo estoy à la puerta, y llamo: si alguno me abriere, cenará conmigo, y yo con él. Este llamamiento (que es un tocamiento divino que à nadie falta) es de muchas maneras; à veces con una recia enfermedad, ò algun gran peligro y desastre: à veces con alguna palabra de algun Predicador, ò Confessor, ò de algun buen libro. Acaesce pues que un hombre assi tocado se applica à querer aprovecharse de los remedios y ayudas que esta sanctissima religion nos enseña: que son arrepentirse de los peccados passados, y hacer verdadera confession dellos, y aparejarse con toda humildad y reverencia para recibir el sancto Sacramento del Altar, y procurar cada día de tener un poco de recogimiento para encomendarse à Dios, pidiendole con toda instancia favor y gracia para no hacer cosa contra su servicio. Continuando pues esto por algunos dias, aquel Señor que es padre de misericordias, y desea que todos se salven, y tiene solemnemente jurado que no quiere la muerte del peccador, sino que se convierta y viva (d), acude luego con el rocío de su gracia, y con una nueva luz y alegría espiritual, con la qual el tal hombre queda cebado y enamorado de la virtud. Y continuando mas su oracion y recogimiento, y frequentando con to-

(a) Psalm. 61. (b) Cap. 2. (c) Apoc. 3. (d) Ezec. 18. 32.

da devocion los sacramentos, à cabo de muy pocos dias viene à sentir tales cosas dentro de sí, que él mismo se espanta: porque ve tan gran mudanza en muchas de sus afficiones, è inclinaciones antiguas, y en sus deseos y exercicios, que viene à maravillarse de ver su corazon tan trocado, y mas en tan breve tiempo. Veese aborrescer lo que antes amaba, y amar lo que aborrescia, tomar gusto en lo que antes le era amargo, y amargarle lo que le era sabroso. Y finalmente halla facil lo que antes le parecia quasi imposible. Paredale un tiempo que le era imposible guardar castidad; y hacersele esto agora no solo posible, mas tambien muy facil. Antes no hacia caso de cometer à cada paso mil peccados mortales por qualquier nonada: y agora dice que antes morirá mil muertes que cometer tal cosa. Antes era perdido por atavios, por galas, por juegos, por cazas, por leer libros profanos; y agora siente en sí un grande asco y aborrescimiento de todas estas cosas por las quales antes se perdía. Esta mudanza de vida describe un sancto Doctor, tratando del milagro que nuestro Salvador hizo quando mudó el agua en vino, por estas palabras (a): Veis aqui los verdaderos milagros, y dignos de ser predicados: los quales obra cada día nuestro Redemptor en nosotros, quando de los hombres viciosos hace virtuosos, y de los luxuriosos castos, y de los soberbios humildes, y de los seguidores del siglo amadores de Dios. Pues qué tan gran milagro es levantar à un hombre hecho del cieno de la tierra à la pureza y condicion de los Angeles, y colocar en el cielo la criatura amassada del cieno de la tierra?

Es tan propria esta obra de Dios, que como muchos hombres infieles vinieron en conocimiento del verdadero Dios por algun milagro, assi los fieles se confirman mas en la fé por esta mudanza que veen en sus vidas. Assi lo

sentia David, quando decia (b): Quién es verdadero Dios, sino nuestro Señor? Y qué otro Dios ay sino él? Porque él es el que me ciñó de virtud y fortaleza, y hizo que mi vida fuese limpia y sin macula de peccado. Esto trae por argumento de ser verdadero Dios el que tal pureza de vida le pudo dar. Porque como dice el Sancto Job (c): Quién puede hacer limpia una cosa concebida de masa sucia, sino solo Dios?

Esta mudanza que aqui avemos dicho, escribe Sant Cypriano que experimentó en su conversion. Y assi dice él que antes della le parecia imposible lo que los Christianos le decian, que podia el hombre bolver à nacer de nuevo, de tal manera que quedando la misma substancia, y figura del cuerpo, el hombre interior se mudaría en otro nuevo hombre, y que con la mudanza perderia los gustos y appetitos de los vicios passados, y se le haria facil y suave el camino de las virtudes. Mas despues (dice él) que recibió la gracia del sancto Baptismo, luego por una manera admirable sintió en sí esta mudanza, y halló ser verdad lo que antes se le avia prometido.

Mas Sant Augustin (d) (que tanto tiempo estuvo ciego y enlazado en la carne, pareciendole que le era imposible vivir sin compania de muger) de tal manera se mudó quando se convirtió à Dios, que le dá él gracias por esta tan nueva mudanza en el libro 9. de sus Confessiones (e), diciendo assi: Rompiste Señor las ataduras con que estaba presa mi anima: à tí offesceré sacrificio de alabanza, è invocaré tu sancto nombre. O qué suave cosa me fue este tiempo carecer de la suavidad de los deleytes passados! y con qué alegría dexé lo que antes avia miedo de perder!

Pues bolviendo al proposito principal, si por la eficacia de la medicina conocemos la virtud della, y por la virtud y eficacia de la ley la excellencia

(a) Euseb. Emiss. homil. 2. de Epiph. (b) Psalm. 17. (c) Job 14. (d) Confess. lib. 8. cap. 11. (e) Cap. 1.

della; quan perfecta y excelente es aquella ley que en tan breve espacio cura las dolencias del anima, y muda los corazones; que es obra de solo Dios? Lo qual es tan propria obra de Dios, y tan grande obra, que comunmente dicen los Sanctos Doctores que es mayor obra la justificacion de un peccador, que la creacion del mundo (a).

Por lo dicho parece quan grande argumento sea de la verdad y excellencia de la religion Christiana esta tan notable mudanza que aqui avemos declarado. Lo qual aun se confirma considerando el poco fruto que los Philosophos hicieron en esta materia. Porque siendo ellos la flor de todos los ingenios, y el ultimo parto en que la naturaleza empleó mas sus fuerzas, y professando ellos la doctrina de la virtud, vemos quan pocos salieron de sus escuelas virtuosos. Por gran cosa cuenta Seneca que avia hecho virtuoso à un amigo suyo, por nombre Lucilo. Mas por el contrario vemos en quan breve espacio muda la doctrina de Christo à todos los que se aplican à los remedios della, assi hombres como mugeres; y de qualquier estado y condicion que sean, rusticos, labradores, y oficiales mechanicos: los quales en applicandose estos remedios, luego se visten de otro nuevo hombre; y de carnales se hacen castos, y de imbidiosos benignos, y de escasos liberales y charitativos. Lo qual nunca hizo secta alguna de Philosophos. Mas desto aun trataremos adelante.

CAPITULO XIV.

Decimatercia excellencia de la fé, y religion Christiana: que es alcanzarse por ella la verdadera felicidad, y el ultimo fin del hombre.

OTra condicion y propiedad de la perfecta ley es hacer à los hombres no solo buenos, sino junto con esto bienaventurados. Porque (sirviendonos

de la comparacion passada) assi como en la medicina, y en el medico que la aplica, consideramos dos cosas, que son el officio, y el fin (porque el officio es curar, mas el fin es sanar) assi en la buena ley ha de aver estas mismas cosas en su manera, que son officio y fin; y el officio es hacer à los hombres buenos y virtuosos; mas el fin es hacerlos bienaventurados: porque à esto se ordena la ley y la virtud.

Y esta es otra singular excellencia de la religion Christiana: que ella es la que nos enseña en qué consiste la bienaventuranza del hombre, y por qué medios se alcanza. Y bienaventuranza (segun dice Boecio) es un estado perfecto en el qual se hallan todos los bienes juntos. Para cuyo entendimiento se ha tambien de presuponer que en el corazon del hombre imprimió el Criador una inclinacion y natural deseo de llegar à un estado donde goce de tantos bienes; que ningun bien le falte, y ningun mal ni trabajo le dé pena. Y en busca deste felicissimo estado andan todos los hombres ocupados, aunque muchos se engañan, pareciendoles que lo hallarán, si alcanzaren los bienes que ellos apetecen. Y ser cosa posible llegar los hombres à este tan rico estado, conosciase por este natural deseo que el Criador imprimió en sus corazones: pues está claro que este soberano Señor no hace cosa en vano y sin provecho: y vana cosa fuera avernos él criado con este deseo, si no fuera posible alcanzar lo deseado. Esto entendieron muy bien los Philosophos: mas engañaronse grandemente; porque (como arriba diximos) buscaban esta felicidad en la vida presente; siendo ella mas rica de lagrimas y de trabajos, que de bienes y descansos. Mas como ellos no sabian nada de la otra vida, eran forzados à buscar la bienaventuranza en esta. Sobre lo qual dixeron mil disparates, poniendo unos

la

la bienaventuranza en un linage de bienes, y otros en otros. Mas la religion Christiana como tiene à Dios por maestro, nos enseña que este tan grande bien no se ha de buscar en esta vida, sino en la que esperamos: donde clara y distintamente verémos y gozaremos de aquella infinita hermosura, y poseerémos aquel summo y universal bien en quien están todos los bienes. Esto demás de ser de fé, se entiende por la capacidad infinita assi de nuestro entendimiento como de nuestra voluntad: porque el entendimiento es tan capáz, que aunque sepa quantas ciencias ay en el mundo, siempre le queda habilidad y deseo natural de saber mas, si mas uviere que saber. Y la voluntad otrosi es tan capáz, que aunque goce de quantos bienes ay en la tierra, siempre le queda habilidad para desear mas, y gozar mas si mas uviere. Y assi ni el entendimiento descansará hasta que entienda aquella primera verdad en la qual están todas las verdades, y todo lo que se puede saber; ni tampoco se quietará la voluntad hasta que venga à gozar de aquel bien universal en quien están todos los bienes. Y llegando aqui reposará nuestra anima como en su proprio centro y lugar de su reposo: y assi cessarán los deseos de todos los otros bienes que ay fuera de Dios: lo uno, porque de los bienes finitos à los infinitos (quales son los de Dios) no ay proporcion ni comparacion: y lo otro, porque esos mismos bienes criados verá por mas excelente manera en el Señor que los crió, que en ellos mismos. Esta es pues la bienaventuranza perfecta que nos enseñó aquel maestro que vino del cielo: la qual no pudo alcanzar toda la philosophia del mundo. Y en esto se ve la excellencia de nuestra sanctissima religion: la qual assi como nos propuso una ley tan perfecta, que no se puede imaginar otra mejor, assi nos propone un fin à que ella se or-

Tom. V.

dena, tan alto, que no se puede hallar otro mayor.

S. I. Bienaventuranza de que los perfectos profesores desta sanctissima religion gozan en esta vida.

MAS aqui es de notar que ay dos maneras de bienaventuranza: una perfecta, que es esta que diximos, reservada para la otra vida: y otra comenzada, de que gozan no todos, sino los especiales amigos de Dios: los quales en premio de aver despreciado por él todos los gustos y deleytes del mundo, son maravillosamente recreados con las consolaciones del Spiritu Sancto, y con aquel espiritual gozo que Sant Pablo cuenta entre los frutos deste divino espíritu (a).

Para tratar desta materia, y declarar la raíz y fundamento della, podré aqui decir lo que dixo el Evangelista Sant Juan quando quiso darnos desto alguna noticia (b): El que tiene oídos (dice él) para oír, oya lo que el Spiritu Sancto dice à las Iglesias. Digo esto, porque no todos tienen disposicion para oír estas cosas: y aun yo tengo recelo de tratarlas, por ser cosas que exceden la facultad de mi entendimiento. Mas porque no faltarán en la Iglesia oídos que esto puedan oír, para estos diré en breve lo que nuestro Señor me diere à entender.

Es pues agora de saber que despues que algunas animas tocadas muy de veras de nuestro Señor, se han exercitado en todos los exercicios espirituales, como son oraciones, ayunos, vigiliias, aspereza de vida, y mortificacion de sus appetitos, y proprias voluntades, y obras de charidad, y finalmente en todo genero de virtud, andando por el camino de Dios, no con tibieza y negligencia, sino con fervor de espíritu y perseverancia en sus exercicios, acrescentando cada dia fervor à fervor, y vir-

Mm tud

(a) D. Thom. 1. 2. quest. 113. art. 9. ex August. ibi in argum. Sed contra. (b) Apoc. 3.

tud à virtud, y devocion à devocion; finalmente despues desto vienen à alcanzar el amor de Dios que los Theologos mysticos llaman unitivo. Lo qual es como despues de aver caminado por el desierto, llegar à la deseada tierra de promission. La condicion deste amor es traer consigo una tan admirable suavidad y alegría en Dios, que con su fuerza prende el corazon de tal manera, que no lo dexa ni de noche, ni de dia, ni andando, ni estando, ni trabajando, ni holiendo, ni apartar dél. Porque la fuerza desta suavidad (si decirse puede) es como un engrudo tan recio, ó una prision tan apretada, la qual de tal manera prende y captiva el corazon devoto, que le pone hastio de todas las cosas desta vida, y solo Dios es todo su gusto, su deseo, su pensamiento, su thesoro, y su alegría. Y satisfecha el anima con este bocado tan suave, viene à tener desgusto de todo lo que no sabe à él. Y como se dice de Sancta Cecilia (a) que ni de dia ni de noche cessaba de los coloquios divinos, y de la oracion, por el grande amor y gusto que tenia en Dios; assi se puede en su manera decir de los que este amor unitivo han alcanzado. Y porque somos tan grosseros, que no entendemos la alteza de las cosas espirituales sino por la baxeza de las corporales, ni sabemos leer sino por el libro de nuestra aldéa, pondré un exemplo, aunque profano, para declarar la condicion y grandeza deste amor. Y no se maraville nadie que usemos de tales exemplos para declarar la fuerza deste amor: pues todo el libro de los Cantares procede por esta semejanza, declarando por la grandeza del amor de los esposos à sus esposas el que Christo tiene à su Iglesia. Pongamos pues los ojos en el amor que los Poetas atribuyen à la Reyna Dido para con Eneas. El qual brevemente explico Ovidio en estos dos versos:

*Eneasque oculis semper vigilantibus
hæret:*

*Eneamque animo noxque diesque re-
notat fert.*

Declarando por estas palabras que el anima herida deste amor anda tan empapada en él, que de dia y de noche otra cosa ni piensa, ni sueña, ni imagina, sino solo esto que ama.

Arguyo pues agora yo assi: Si el espíritu malo, y la corrupcion de la naturaleza es poderosa para robar de tal manera el corazon, que lo traya desta manera alienado, y trasportado en aquello que ama: cómo no será mas poderoso el Spiritu Sancto, y la abundancia de la gracia para traer un corazon mas absorto en Dios, que lo trae un hombre ciego en el amor de una criatura: mayormente siendo Dios (como lo es) un mar de infinita suavidad? Pues por este exemplo, aunque profano, podrán los hombres, aunque no sean muy espirituales, entender la condicion y fuerza deste divino amor que llamamos unitivo; el qual (como diximos) de tal manera uñe y prende el anima con Dios, con una tan grande y tan incomprehensible suavidad, que no la dexa pensar, ni reposar, ni descansar en otra cosa fuera dél.

Y para confirmacion de lo dicho no podré dexar de aprovecharme de algunos exemplos de cosas que cada dia se offrescen, tratando con algunas personas muy dadas à nuestro Señor. Persona conocí yo un tiempo tan presa deste amor, que en ninguna manera podia cessar de estar siempre actualmente amando y gozando de Dios. Y el gozo era tal, que le quitaba la gana del comer, y del dormir: y assi venia el cuerpo à debilitarse y enflaquecerse notablemente con la falta de lo uno y de lo otro. Y aconsejada por sus padres espirituales que se divertiesse deste exercicio para acudir à las necesidades del cuerpo, y probandolo hacer por veces, en ninguna manera podia apartarse deste exercicio: y assi padeciendo y adelgazandose el cuerpo, el anima se engrossaba y gozaba de Dios.

Otras

(a) *Ecclesia in ejus Offi.*

Otras personas conocí, que las noches enteras, aunque fuessen de invierno, gastaban en este mismo exercicio, sin que el sueño ni la necesidad del cuerpo las apartasse dél. Tales eran aquellas matronas de quien se escribe, que se llegaban à la oracion quando el sol se ponía, y en el mismo lugar las hallaba quando bolvia à amanecer. Y la causa de estar assi sin cansar, era la gran suavidad que sus animas percibian en Dios: la qual (como diximos) trae consigo este amor unitivo. Y el fundamento desta verdad es aquella sententia de Aristoteles, el qual dice que nuestra naturaleza aborrece las cosas tristes, y ama grandemente las deleytables. Siendo pues tan grande la fuerza del deleyte, no tendrán por cosa increíble los hombres del mundo, perseverar los amadores de Dios las noches enteras en esta comunicacion suavissima con él. Mayormente que está escrito desta celestial Sabiduría (a), que no tiene amargura ni hastio la comunicacion della, sino gozo y alegría. A lo menos los que gastan las noches enteras en jugar à las cartas, no podrán dexar de confessar esta verdad: porque de otra manera, recia cosa sería decir que no provee el Spiritu Sancto de mayores consolacionés à sus fieles siervos, que la carne y el demonio proveen à los suyos.

Pues bolviendo al proposito principal, digo que el que ha llegado à la union deste divino amor, goza ya en esta vida mortal deste linage de bienaventuranza comenzada; la qual en parte es muy semejante à la venidera, porque trae consigo (como diximos) una grande suavidad, una hartura del anima, una satisfaccion, una quietud y reposo interior, y una plenitud y hinchimiento de todos los bienes, que le hace decir de todo corazon lo que Sant Francisco en toda una noche repetía: O mi Dios, y todas las cosas! O mi Dios, y todas las cosas! Porque de todas las parece que

Tom. V.

gozan en solo él, y assi no les queda mas que desear. Ni es esto de maravillar: porque assi como una piedra que cae de lo alto, en llegando à lo baxo está quieta, porque está en su centro y lugar natural; assi tambien, como Dios sea el centro de nuestra anima, la qual fue criada para gozar dél, en llegando aqui, pára y se quieta, y cessa la rueda viva de todos los otros deseos: porque queda ella tan hartá con solo este bocado, que no tiene hambre, ni gusto de otra cosa fuera dél. Esta es pues la bienaventuranza con que galardona Dios los trabajos de sus fieles siervos aun en esta vida. La qual es tan grande que se parece mucho con la que esperan en la otra: porque assi alegría y apaga en su manera todos los deseos y appetitos del corazon, como la otra. Y tienense por tan ricos y dichosos con ella, que no trocarian una muy pequeña parte della por todo el imperio del mundo.

A este dichoso estado avia llegado Sant Augustin: el qual despues de aver gustado esta suavidad, hablando con nuestro Señor, dice assi (b): Aunque estas cosas baxas tengan Señor sus deleytes, y sus amores; mas no deleytan de la manera que tú. En tí se alegra el justo, porque tu amor es suave y quieto: porque tú hinchas los corazones donde moras, de suavidad, y de paz, y dulzura. Lo qual no cabe en el amor del siglo y de la carne, que es congoxoso y lleno de turbaciones: y por esso no dexa estar quietas las animas donde él entra. Cá siempre las solicita con sospechas, y passiones, y diversos temores. Mas tú Señor eres verdadero deleyte de los buenos, y con mucha razon; porque en tí está una poderosa y grande quietud, y una vida agena de toda perturbacion. Y en otro lugar, hablando con el mismo Dios, dice assi (c): Ya veo la lumbre del cielo con los ojos de mi anima: y de lo alto luce un rayo que alegra todos mis huessos. O si este bien se me dicesse

Mm 2

per-

(a) *Sap. 8.* (b) *Meditat. cap. 35.* tom. 9. (c) *Soliloq. cap. 34.* tom. 9. in *Append.*

perfecto y cumplido! Acrescencia tú Señor que eres el autor desta luz, acrescencia esta luz que en mi anima luce: y sea dilatada y ensanchada en mí. Qué es esto que siento? Qué fuego es este que calienta mi corazon? Qué luz es esta que assi lo alumbrá? O fuego que siempre ardes y nunca mueres, sea yo abrazado de tí. O luz que siempre luces y nunca te eclipsas, alumbrá mi anima. O si yo ardiessé con este fuego! Fuego sancto, quán dulcemente ardes! quán secretamente luces! quán suavemente quemas las animas! Todo esto es de Sant Augustin.

§. II. *Paz interior y alegría que acompaña esta bienaventuranza suso dicha.*

Pues de la grandeza deste divino amor y suavidad se sigue aquella paz interior, de la qual dice el Apostol que sobrepuja todo sentido (a): porque nadie conoce la virtud y excellencia della, sino el que la ha probado (b). Porque esta paz no solo hace que el hombre tenga paz con sus proximos y con Dios, sino tambien consigo mismo, pacificando y quietando las passiones de nuestros appetitos con su virtud, y quietando la lucha que la parte inferior de su anima tiene con la superior, que es el espíritu. Porque la guerra interior que dentro de nosotros padescemos, nace por una parte de la repugnancia de los appetitos de nuestra carne contra el espíritu, y del desassossiego que nos causan los deseos de cosas que desordenadamente deseamos, y de la congoxa y passion que recibimos quando no las alcanzamos. Por donde cessando estos deseos, queda el hombre en paz, y quietud, y sossiego: porque contento y satisfecho con lo que le han dado, no quiere nada deste mundo: antes lo desprecia y aborresce.

Esta paz promete el Señor à sus fieles amigos en el libro del Sancto Job (c): donde entre los privilegios y dones que se conceden à los buenos, uno es, que las bestias de la tierra tendrán paz con él. Pues qué bestias son estas, sino los appetitos y passiones bestiales de la carne que tenemos común con las bestias; las quales siendo tan inquietas y bulliosas con la fuerza de sus appetitos, vienen à quietarse y tener paz con el hombre, quando se veen satisfechas con otros mayores gustos y deleytes que los que ellas apetecian? Porque (segun dice Sant Bernardo) (d) assi como los que del todo se han entregado à los deleytes carnales, no gustan de los espirituales: assi por el contrario los que gustan los espirituales (que son altissimos y divinos) luego desprecian los carnales (que son vilissimos y baxissimos).

Y junto con esta paz alcanzan la verdadera libertad del espíritu, que se dá à aquellos que por aver dexado de ser siervos y esclavos de su carne, vienen à conseguir aquella libertad que es propria de los hijos de Dios: por cuya virtud facilmente se enseñorean de todas las passiones y appetitos que antes los enseñoreaban: y assi viene à cumplirse lo que dice el Propheta de los que por virtud de la redempcion de Christo han salido deste espiritual captiverio (e): que prenderán à los que antes los prendian, y sujetarán à los que primero los opprimian. Y esta misma libertad los levanta sobre todos los cuidados, y perturbaciones, y temores desta vida y de la otra: y assi librés destes impedimentos están presos y unidos de tal manera con Dios, que ni la compañía de los hombres, ni las ocupaciones exteriores los apartan de su presencia. Porque entre la muchedumbre de los negocios conservan la simplicidad del espíritu: y de todas las cosas que veen ò oyen, toman motivo para levantar-se à Dios, al qual hallan como pre-

(a) Philipp. 4. (b) Apoc. 2. (c) Job 3. (d) In Ascens. Domin. serm. 5. & Epist. 2. (e) Esai. 44.

sente en todas las cosas. En él tienen todo su amor, en él se ocupan siempre: de tal manera que están como absortos en él, y viendo no veen, y oyendo no oyen. Mas qué palabras bastarán para explicar las riquezas y virtudes destes: la firmeza en su fé, la paz en su esperanza, el gozo en lo que aman, el alegría en lo que desean, la paciència en lo que suffren, y la fortaleza en lo que emprenden? Estos en los trabajos hallan deleyte, en la pobreza riquezas, en la hambre hartura, en el abatimiento gloria, en las injurias honra, en las vigalias de la noche descanso, y en el exercicio de la oracion paraíso. Pues si es proprio desta bienaventuranza traer consigo todos estos contentamientos y espirituales deleytes, quán cierto es ser verdadera la religion donde tales y tan nobles deleytes se hallan?

Y aunque salga un poco del proposito, no dexaré de decir aqui una cosa de mucha edificación y consolacion para el Christiano lector: La qual es, que aunque todas las obras de naturaleza y de gracia prediquen la bondad y amor de nuestro Señor para con los hombres (y assi nos inciten y combiden à su amor) pero muy mas especialmente hace esto la abundancia de consolaciones y regalos con que trata à sus familiares amigos. Porque como aya dos maneras de amor; uno essencial, qual es el de los padres para con sus hijos ya criados: y otro blando y tierno, qual es el que tienen à los hijos chiquitos, à los quales toman en brazos, y abrazan, y besan, y procuran toda recreacion; no se contenta aquel Padre celestial con tener à sus espirituales hijos aquel primer amor, mas amalos tambien con este amor tierno, regalándolos, y consolándolos con la abundancia de sus deleytes. Y porque nadie piense que esto sea encarecimiento, oya al mismo Señor que assi lo dice por Esaías, hablando con los espirituales hijos desta manera (a): A mis pechos

sereis llevados; y sobre mis rodillas os alhararé: de la manera que una madre regala à un hijo chiquito; assi yo os consolare.

Pues qué cosa es mas tierna, mas blanda, y mas amorosa que esta? Y es tan proprio este officio del Spiritu Sancto, que con ser tantos los efectos que obra en las animas, deste (como de muy principal) quiso intitularse, llamandose Paracleto (b), que quiere decir consolador: cuyas consolaciones muchas veces son tan grandes, que no las puede la flaqueza del cuerpo corruptible soportar. Y assi se escribe de aquel Sancto Efrén (c), que era tan grande el gozo espiritual que recibía en la oracion, que no pudiendo sufrir la vehemencia dél, decia: Señor mio, apartaos un poco de mí, porque no puedo sufrir el impetu de vuestras alegrías. Otras veces decia: Señor detened un poco las ondas de vuestras gracias. Otro sancto varon viendose grandemente visitado de nuestro Señor, y considerando que no podia corresponder con sus servicios à tan grandes mercedes, decia: No tanto Señor, no tanto: porque ni me hallo digno de tanta consolacion, ni sé cómo os la pueda servir. Otra persona decia: Señor quando no os tengo, no me suffro; y quando os tengo, no os puedo sufrir. Lo qual todo nos declara quánta sea la fuerza de las consolaciones divinas, pues sobrepuja la facultad de las fuerzas humanas. Esta es aquella grande alegría de que dice el Propheta (d): El impetu del río alegra la ciudad de Dios.

Otras veces visita él las animas con una sossegada y quieta alegría, y con aquella paz interior de que arriba tratamos. La qual con ser tan quieta, es tan penetrativa y tan grande, que la abundancia della (si decir se puede) rebossa en la misma carne, de tal manera que viene el hombre à decir con el Propheta (e): Mi corazon y mi carne se alegraron en Dios vivo. Y con ser la carne tan

(a) Esai. 66. (b) Joan. 14. (c) In Vir. PP. (d) Psalm. 45. (e) Psalm. 83.

contraría à los ejercicios del espíritu, viene contra su naturaleza à deleytarse tanto en ellos, que (como dice Sant Buenaventura) (a) siente pena si la apartan de cosa que ella tanto gusta. Pues quién pensára que la carne sucia, y mal inclinada, y enemiga de todos los espirituales ejercicios, podía llegar à este estado? Pero no es maravilla que tales relieves le quepan de tal combite. Porque esta es aquella cena de que dice el Señor por Sant Juan (b): Mirad que yo estoy à la puerta llamando: si alguno me la abriere, yo cenaré con él, y él cenará conmigo. Pues cuáles serán los manjares y potajes que Dios administrará en esta su cena real? Quáles han de ser, sino conformes à la grandeza de sus riquezas, y de su bondad, y magnificencia, y amor? Pues qué cosa mas admirable, que venir aquel Señor, de cuya magestad tremen los Principados y Poderes del cielo, à combidar desta manera los viles hombrecillos y vejezuelas que andan rastrando por la tierra? Muchas de las quales apenas tienen un pedazo de pan para comer; y passa Dios por Reyes y Principes sin hacer caso dellos, y regalase con estas. Qué cosa mas admirable que decir aquel Señor que es gloria de los Angeles, que sus delicias son estar con los hijos de los hombres? (c) Pues qué es esto, sino tratar Dios à sus fieles siervos como la madre à su hijo chiquito, à quien regala, y con quien ella se regala? (d) Pues esta es una de las cosas que mas afficiona las animas al amor de su Criador, viendo que no se contenta con la grandeza de los bienes que les tiene aparejados en la otra vida; sino tambien los regala, alegría, y consuela, y trata con la suavidad y blandura que decimos, en este destierro. Y quando ellos por una parte consideran la alteza de aquella magestad, y por otra su baxeza, y veen quan amorosamente trata un Señor tan grande à criaturas tan baxas, no acaban de

espantarse, y alabarle, y darle gracias, y derretirse, y arder en su amor.

Bolviendo pues à nuestro proposito principal, si el fin de la perfecta ley es hacer à los hombres bienaventurados, alegres, y contentos; quàn excelente es la ley de los Christianos, la qual nos propone estas dos bienaventuranças tan gloriosas, una para la vida advenidera, y otra para la presente?

CAPITULO XV.

Decimaquarta excellencia de nuestra fé, que es aver desterrado la idolatría del mundo.

NO pára aqui la virtud y efficacia desta sanctissima religion: passa aun adelante. Porque estos dos efectos que aqui avemos señalado, son de personas particulares: otros ay universales que tocan à todo el mundo. Entre los quales el primero es, que la predicacion desta sancta religion destrerró la idolatría del mundo. En lo qual (dexadas otras muchas circunstancias que aqui entrevinieron, de que adelante se trata) ay tres cosas tan grandes, que ningun ingenio ni lengua humana las podrá engrandescer como ellas merecen. La primera es, que despues de Dios aver encarnado y padescido, el mayor beneficio de quantos se han hecho al mundo, fue desterrar la idolatría dél. Porque assi como se dice de la naturaleza del bien, que quanto es mas comun y mas general, es mas divino, porque aprovecha à muchos: assi por el contrario quanto el mal fuere mas universal, será mas pestilencial y mas dañoso. Y tal era este, pues estaba generalmente recebido, y estendido por todas las naciones del mundo: que es quasi por todo lo que cubren los cielos. Porque aquel engañoso del linage humano todo lo avia ocupado, y en todas las islas y rincones mas escondidos de la mar y de la tierra avia derramado

esta mortal pestilencia. Mas qué diré de la antigüedad della; pues era de tiempo immemorial? Qué de la malicia della; pues por ella se cometía una tan grande blasphemía; como era quitar à Dios su silla y corona real; y enthronizar en ella el mayor de sus enemigos, que es el demonio? Pues con razon decimos que este ha sido el mayor y mas universal beneficio de quantos se han hecho al mundo: y por consiguiente que ningun hombre hasta oy ha parecido en el mundo, que mayor bien le hiciesse; que Christo nuestro Redemptor: pues por la predicacion de su Evangelio fue el mundo librado desta tan grande, tan mortal, y tan antigua tyrannía del demonio. Pues si este Señor fuera el que los Judios creían, diciendo que era blasphemio, porque siendo hombre se hacia Dios (que es el mayor de los peccados) cómo era possible que de cosa tan abominable procediesse este tan grande bien?

Lo segundo decimos que acabarse esta obra fue la cosa mas dificultosa de quantas ha avido y avrá en el mundo. Porque todo él con todos los Reyes y Emperadores, y con todos los sabios y poderosos de la tierra se pusieron en armas para defender esta pestilencial supersticion, y extinguir nuestra religion: y esto con tanto derramamiento de sangre, y con tantas invenciones de tormentos, quantos nunca fueron vistos ni imaginados. Porque aquel dragon infernal derramó quanta ponzoña tenia en los corazones de los hombres, para que despojados de toda humanidad, executasen en los cuerpos de los martyres las crueldades que los demonios, enemigos capitales de Christo, les enseñaban. Y lo que mas es, esta batalla no duró por veinte, ò treinta, ò sesenta años, sino por mas de trecentos años. Porque duró hasta el tiempo del Emperador Constantino: el qual juntó el concilio Niceno trecentos y treinta y tres años despues del nascimiento de nuestro Salvador. Y aun ni aqui se acabó, porque despues succedió la cruel persecucion del apos-

tata Juliano, y del Emperador Valente, Arriano. En las quales persecuciones fueron tantos los muertos y despedazados por la fé, que sobrepujan todo lo que aqui podemos decir. Vease pues si ha avido jamás en el mundo otra cosa mas dificultosa de acabar. La tercera cosa es tal, que eran menester lenguas de Angeles para explicarla, que es ver con qué linage de pertrechos y armas se acabó esta tan grande hazaña. Pues cuáles avian de ser las armas con que Dios triumphasse del inferno y del mundo; sino dignas de tal vencedor y triumphador? Y cuáles eran estas? No cierto armas de hierro, no exercitos poderosos, no sabiduría de Philosophos, no eloquencia de Oradores, no grandes riquezas que todos los animos corrompen; sino armas divinas, que fueron las virtudes sobrenaturales que Dios infundia en los corazones de los sanctos martyres; que eran una fé vivissima, una fortaleza invencible; una constancia inexpugnable, una paciencia admirable, una lealtad para con su Criador fidelissima; un animo generosissimo, un corazon despreciador de todas las amenazas y promessas de los Tyrannos, un señorío sobre todo lo que el mundo les podía hacer de bien y de mal, como personas muertas al mundo, y vivas à solo Dios. Pues con estas virtudes y armas sobrenaturales y divinas (con las quales solo Dios podia armar sus Cavalleros) vencieron muriendo; triumpharon padesciendo, destrerraron al demonio siendo ellos desterrados, derribaron sus altares estando ellos caídos, y pisaron sus estatuas siendo ellos pissados y acocados. Y con toda esta flaqueza pudieron tanto, que acabada esta tan larga y tan reñida conquista, pusieron por tierra los templos de los idolos, derribaron sus altares, quemaron sus imagines, y los que eran adorados por dioses, vinieron à ser despreciados y fundidos (como ellos lo merecian) para hacer paylas, y calderas para servicio de las Iglesias, sin que fuese parte para de-

fen-

(a) In Stimul. amor. lib. p. cap. 1. (b) Apoc. 3. (c) Prov. 3. (d) Eccl. 66.